



La productividad y el ocio mediados por objetos. Una reorganización de las rutinas cotidianas durante el confinamiento por covid-19

Boris Papez

Question/Cuestión, Nro.71, Vol.3, abril 2022

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

IICom -FPyCS -UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e683>

La productividad y el ocio mediados por objetos

Una reorganización de las rutinas cotidianas durante el confinamiento por covid-19

Productivity and leisure mediated by objects

A reorganization of daily routines during confinement by covid-19

Boris Papez

Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales. Universidad Nacional de San Martín.

Argentina

borispapez@hotmail.com

Resumen

En 2020 la pandemia por covid-19 y las políticas de confinamiento trastocaron abruptamente las actividades cotidianas y laborales de las personas. Nuestro objetivo es indagar los problemas que ello generó en el día a día y las estrategias que los sujetos pusieron en juego para reorganizar sus rutinas. La metodología se basó en el estudio cualitativo de diarios auto-etnográficos y entrevistas a estudiantes universitarios basados en sus prácticas culturales durante el aislamiento social. A partir de su análisis observamos que uno de los principales problemas de pasar más tiempo en casa fue la dificultad para separar momentos de productividad y de ocio por desarrollarse todas las actividades en un mismo lugar, lo que devino

en una tendencia hacia la hiperactividad. Así, sostenemos que el uso de los objetos (computadoras, celulares, libros, instrumentos musicales, etcétera) fue central para reorganizar las rutinas por su capacidad para establecer límites simbólicos entre la productividad y el ocio, sustituyendo en esta función a los espacios.

Palabras clave: rutinas, productividad-ocio, objetos, covid-19.

Abstract

In 2020, the covid-19 pandemic and lockdown policies abruptly disrupted people's daily and work activities. Our objective is to investigate the problems that this generated on a day-to-day basis and the strategies that the subjects put into play to reorganize their routines. The methodology was based on the qualitative study of auto-ethnographic diaries and interviews with university students based on their cultural practices during social isolation. From their analysis, we observed that one of the main problems of spending more time at home was the difficulty in separating moments of productivity and leisure because all activities were carried out in the same place, which resulted in a trend towards hyperactivity. Thus, we argue that the use of objects (computers, cell phones, books, musical instruments, etc.) was central to reorganizing routines due to their ability to establish symbolic limits between productivity and leisure, replacing spaces in this function.

Keywords: routines, productivity-leisure, objects, covid-19.

El confinamiento por covid-19 generó una interrupción abrupta de las rutinas cotidianas de las personas. Aquellas que continuaron desarrollando actividades laborales en una modalidad virtual debieron reconstruir y organizar en un mismo espacio actividades domésticas y extradomésticas. En lo inmediato, el aislamiento supuso un incremento del tiempo destinado a tareas de limpieza, cuidado y ayuda en la escolaridad de niños y niñas (UNICEF Argentina, 2020). Al mismo tiempo, en algunos casos la menor carga horaria de actividades denominadas no esenciales[1] y la reducción de tiempos de desplazamiento por la ciudad crearon mayor

disponibilidad de tiempo libre, alterando horarios y tiempos de descanso, alimentación y prácticas culturales (Salas Tonello, Simonetti, Papez, 2021).

No obstante, contra la idea de que la vida sufrió una pausa, lo que observamos es, más bien, una inclinación a la aceleración hacia nuevas y diferentes direcciones (Fradejas-García et al, 2020) que reconfiguraron las formas de gestionar momentos de trabajo y de ocio a partir de la extensión de la lógica de la productividad. Este fenómeno, si bien toma características singulares durante el aislamiento, ya ha sido destacado en diversas investigaciones que presentan una postura crítica hacia la idea de que los tiempos de ocio se están ampliando progresivamente, ya sea porque son percibidos como improductivos (Gomes y Elizalde, 2009), porque se impregnaron de planteamientos utilitaristas propios del tiempo de trabajo (Cuenca Cabeza y Aguilar Gutiérrez, 2009), o porque se los utiliza para generar ingresos adicionales o cumplir con obligaciones familiares (Sánchez Tovar, Jurado, Simões Brasileiro, 2013).

Algunos estudios mostraron que durante el confinamiento esta tendencia se acentuó, acelerando las prácticas cotidianas, pero también transformando la forma de concebir el hogar, ya no como un espacio de refugio y descanso, sino como «un lugar “contaminado” y hostil frente a una exigencia vinculada a la productividad y a la superación de esta “adversidad”» (Hijos y Blanco Esmoris, 2020, p. 6).

Ahora bien, si el orden espacial organiza y a la vez es organizado por las acciones que se desarrollan en él (De Certeau, 2000), entonces nos preguntamos: ¿cómo se reorganizaron la totalidad de las actividades cotidianas en un mismo lugar?; ¿cuáles fueron las estrategias implementadas por los sujetos para restablecer sus rutinas?; y ¿en qué medida requirieron de cambios en la disposición del espacio? A partir de un estudio en hogares de clase media con niños/as pequeños/as, Nicolás Aliano (2021) analizó el modo en que padres y madres ordenaron sus secuencias de acción diarias y la de sus hijos, cambiando y redefiniendo las formas de habitar el espacio. En este artículo nos proponemos responder las mismas preguntas a partir de las experiencias de un conjunto de personas conformado en su gran mayoría por jóvenes y adultos sin hijos, poniendo especial énfasis en el papel que ciertos objetos tuvieron en el desarrollo de estas estrategias.

El artículo se estructura de la siguiente manera: primero desarrollamos los aspectos metodológicos de nuestra investigación. Segundo, especificamos las categorías conceptuales que servirán de guía para el estudio de casos. Tercero, analizamos los materiales empíricos con el objetivo de observar los modos en que los sujetos organizaron sus rutinas cotidianas y, a partir de ello, dar cuenta de la capacidad que los objetos tuvieron para interrumpir y a su vez establecer continuidades entre momentos de trabajo y de ocio. Cuarto, indagamos en la aceleración de las tareas diarias y su impacto en el estado anímico de los sujetos. Por último, realizamos una síntesis de los argumentos presentados, destacando los efectos que tuvieron los problemas «del espacio» y «del tiempo» en la vida cotidiana.

Consideraciones metodológicas

El artículo se apoya en once diarios auto-etnográficos de estudiantes universitarios de grado y posgrado de clase media, de 21 a 41 años de edad, residentes del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA). Los registros[2] se escribieron durante los primeros meses del Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (entre mayo y junio de 2020), cuando las restricciones a la circulación eran estrictas, y con ellos se buscó producir una imagen de la vida diaria en este contexto extraordinario, poniendo el acento en las prácticas culturales e informativas en el lapso de una semana completa. Para profundizar el análisis de estas prácticas, hemos realizado entrevistas a seis de sus autores un año después de la elaboración de los diarios, entre abril y julio de 2021, que presentan una mirada distanciada y reflexiva del período estudiado.

La auto-etnografía es un método de investigación que busca estudiar la experiencia cultural a partir de un análisis sistemático de la experiencia personal, reconociendo la subjetividad, la emocionalidad y la posición de quien investiga en su trabajo (Ellis, Adams, Bochner, 2015, p. 249-252). Al estar insertos en redes sociales, quienes investigan involucran a otros, íntimos o lejanos, pero también a distintos tipos de objetos que influyen en las vivencias personales (Scribano y De Sena, 2009). En este tipo de auto-etnografía la atención se sitúa en el análisis cultural, permitiendo profundizar la forma en que se desarrollan las prácticas culturales (Aliano, Moguillansky, 2017) a partir de la interpretación de los comportamientos, pensamientos y experiencias de quienes investigan (Moguillansky, Ollari, Rodríguez, 2016).

Rutinas, emociones y prácticas culturales: un esquema conceptual

Al suponer cursos de acción predeterminados y previamente puestos en práctica, las rutinas y los hábitos proporcionan una sensación de seguridad frente al entorno que se conjuga con un empobrecimiento de las experiencias emocionales, ya sea debido a un proceso histórico de represión (Elias y Dunning, 1992), o por el establecimiento de condiciones de confianza básica (Giddens, 1997). En contrapartida, la ausencia de rutinas o la des-rutinización de actividades conlleva un incremento de las sensaciones de inseguridad y de las experiencias emocionales, que pueden presentarse en forma negativa, asociadas a la ansiedad o a la angustia existencial (Giddens, 1994); o de forma positiva, por ejemplo, a partir del carácter atractivo de lo desconocido o lo secreto en las relaciones humanas (Simmel, 1986), o de lo impredecible o lo incierto en las prácticas culturales (Hennion, 2017). La raíz común de la experiencia emocional en la inseguridad hace del miedo y el placer partes inseparables de un mismo proceso de goce, razón por la que Norbert Elias y Eric Dunning (1992, p. 134-135) sostienen que «ninguna satisfacción puede obtenerse de las ocupaciones recreativas sin pequeñas dosis de miedo alternadas con esperanzas agradables, breves conmociones de angustia alternadas con otras presentidas de placer».

Este esquema nos permite captar la sensación ambivalente que el confinamiento despertó en sus inicios, a partir del agrado proporcionado por la ausencia de rutinas y horarios por un lado, y las preocupaciones que devinieron de la dificultad para administrar el tiempo por otro (Cervio, 2020). Pero también el entrelazamiento entre la rutina y el cambio: la monotonía que genera el seguimiento constante de cursos de acción preestablecidos puede ser un motivo por el cual su desestabilización se convierta en algo deseable. Y ello también fue una estrategia de (des)organización de la vida cotidiana. De acuerdo con una de las entrevistadas:

empecé a cambiar las rutinas cuando se volvían rutinarias. Es gracioso porque soy una persona muy estructurada, pero de alguna manera tenés que escaparte de eso porque si no te volvéis loca. Por ejemplo, una tontería, en vez de sentarme de un lado de la mesa me siento del otro porque simplemente me aburrí el otro lado. En sí no cambia nada, pero te cambia a vos el espacio, no lo habitás de la misma manera. Antes de la pandemia me molestaba cambiar las cosas de lugar. Ahora necesito hacerlo (Camila, 24 años, 2021).

Transformar el espacio a partir del cambio de ubicación de los objetos que lo conforman no ha sido la única estrategia para interrumpir o transformar rutinas. Siguiendo a Elias y Dunning, las actividades recreativas (entre las que se encuentran las prácticas culturales) también son un medio para la des-rutinización que tienen significativa importancia en la evitación del hastío y la incitación de nuevas emociones:

para muchas personas, no sólo en su vida profesional o laboral sino también en su vida privada, todos los días son iguales. A muchas de ellas nunca les sucede nada nuevo y estimulante. Consiguientemente su tensión, su tono, su vitalidad o como quiera que lo llamemos, disminuye. De forma simple o compleja, en un nivel bajo o alto, las actividades recreativas facilitan durante un rato ese estallido de las emociones agradables fuertes que con frecuencia falta en las rutinas de la vida diaria (Elias y Dunning, 1992, p. 114).

Al hablar de sus rutinas, algunos de los sujetos de estudio diferenciaron momentos diarios y semanales a través del binomio trabajo–ocio. Según la taxonomía elaborada por Elias y Dunning (1992), el tiempo libre comprende un conjunto amplio de tareas como la satisfacción de necesidades biológicas y de cuidado del cuerpo, el trabajo doméstico, el trabajo privado realizado para uno mismo, las relaciones de sociabilidad y las actividades recreativas en general propias del ocio (practicar juegos, mirar televisión, ir al teatro, escuchar música, etcétera). De este modo, el ocio es un tiempo muy específico dentro del tiempo no laboral, por lo que el binomio citado constituye una polarización que no representa adecuadamente los usos del tiempo libre. Es por ello que preferimos dividir las actividades diarias mediante el binomio productividad–ocio[3], incluyendo en el primer grupo tanto el trabajo ocupacional como el trabajo privado dedicado al hogar, a la familia, o al cultivo personal y en el segundo grupo a las actividades recreativas y de entretenimiento. No obstante, en aquellos testimonios que los sujetos utilizaron las categorías trabajo–ocio decidimos conservar esta diferenciación para captar el sentido que éstos le dieron a sus prácticas. En estos casos el «trabajo» hacía referencia a lo laboral, pero el «ocio» comprendía tanto actividades recreativas como actividades productivas no laborales.

Esto nos muestra que en la experiencia cotidiana los momentos de productividad y de ocio muchas veces no se encuentran claramente divididos. Dado que una de las características de las

prácticas culturales reside en su carácter performativo, haciendo que se imbriquen con todo tipo de actividades (Hennion, 2001), creemos que ello puede situarlas como una lámpara en el estudio de las formas de habitar el espacio, y por lo tanto, de las estrategias que los sujetos pusieron en juego para organizar (y también desorganizar) sus rutinas. A continuación veremos en qué consisten.

Usos del espacio y reorganización de rutinas

Al inicio del confinamiento la permanencia en el hogar fue percibida como una oportunidad para reanudar proyectos postergados, desarrollar prácticas de cultivo personal, asociadas a la lectura o al estudio, o extender momentos de entretenimiento. [4] Sin embargo, con el correr de los días la pérdida de la novedad y el cansancio por la extensión del aislamiento devino, en algunos casos, en una nueva desestabilización de las rutinas. La aplicación de estrategias para organizar las actividades sería algo que se aprendería a lo largo de la experiencia cotidiana en casa. Ilustraremos este proceso a partir de tres casos específicos.

La relación trabajo–ocio como objetos irreconciliables

Para José (31 años), quien vive solo en su departamento, este fue un período de «retracción de las obligaciones» que recibió con agrado «ante la posibilidad de ocupar el tiempo para leer y estar en casa». El aprovechamiento de nuevos tiempos libres favoreció la implementación de un plan de lectura que «estaba determinado por un relativo buen humor». Pero poco después, señala José, «la angustia empezó a ganarme y vino un tiempo donde me desorganicé y dejé de leer por la noche».

El principal problema al reorganizar las rutinas estuvo en la capacidad para establecer límites entre actividades laborales y momentos de ocio, puesto de manifiesto con la desaparición de la división espacial de tareas. La movilización de acciones a partir de objetos en constante disponibilidad fue uno de los factores que generó las condiciones para desarrollar una relación de auto–explotación:

Me doy cuenta que trabajar en casa me provoca que esté súper productivo, que no pueda separar el trabajo del ocio porque ocurre todo en el mismo espacio. Yo en mi vida cotidiana, por

ejemplo, si tengo que escribir tesis o leer bibliografía, me voy a un bar o al campus (José, 31 años, 2020). [5]

Al conversar de las formas para dividir el trabajo del ocio, lo primero que mencionó José fue la ubicación de los objetos que median las actividades en esos momentos: por un lado la notebook, situada desde el inicio del confinamiento sobre la mesa del comedor (lista para ser utilizada), con la que se desarrollaban todas las actividades laborales. Y por otro un instrumento musical que se hallaba en el mismo ambiente y cuya práctica podía aparecer en cualquier momento del día. Pragmáticamente, el carácter representativo de los objetos está determinado por lo que hacemos con ellos[6], de tal modo que el trabajo y el ocio se invadirían recíprocamente a través de la contigüidad de sus mediadores. En algunos casos, estos objetos crearían una nueva temporalidad que impugnaría la clásica delimitación basada en días y horarios preestablecidos. En la experiencia de José, «esto me genera dificultades sobre todo los fines de semana, porque realmente es un momento de ocio y la pc está instalada como un día de semana común, entonces uno dice: bueno, ¿por qué no sentarse a trabajar o a escribir la tesis?» (*).[7]

El problema está relacionado con la idea de que «todos los días son iguales»[8], que presupone un extrañamiento ante el hecho de que los días de fin de semana ya no se diferencian claramente de los de semana: el tiempo que se pasa en el hogar es el mismo. Y es también en este sentido que el lugar habitado no diferencia momentos de trabajo y de ocio. No obstante, creemos que esta continuidad tiene límites. Asociar momentos y prácticas a objetos diferentes es en sí un modo de fijar, precisamente, límites. Y ello crearía oportunidades para el establecimiento de nuevas rutinas: una de las prácticas que José valorizó en este período fue comenzar a tomar clases de música, que acompañó con la compra de un violín: «es casi un milagro porque nunca me hubiese comprado un violín si no hubiera sido por esta pandemia» (*).

Contra la idea de que el ocio se asocia estrictamente a la distención, esta práctica cultural se tornó desafiante por el alto grado de esfuerzo y sistematicidad que demandó para ser aprehendida y sostenida en el tiempo: «uno tiene que ser muy organizado para estudiar, no te sale de una, tenés que estar muchos días. Algo que intento hacer es dedicarle una hora al

día para practicar, pero ¿en qué momento? Es re loco porque uno ahí se tiene que poner sistemático» (**). De esta manera, la práctica del violín creó condiciones para una nueva organización de las actividades que fueron movilizadas a través de la motivación y la emocionalidad que despierta el arte, lo cual no es un hecho fortuito. En palabras de José: «me compré un violín para estar contento en casa».

La relación trabajo–ocio como objetos conciliables

En la experiencia de Camila (24 años), quien pasó el inicio del aislamiento en su casa con su pareja, este momento significó un cambio drástico en sus rutinas diarias a causa de la pérdida del empleo. En contraste con el período previo, cuando se encontraba en su hogar sólo por las noches y los fines de semana, durante el confinamiento pudo extender los tiempos dedicados al consumo de bienes de cultura y entretenimiento a partir de la visualización de series en Netflix, videos en Youtube, y el uso de redes sociales. Por su parte, la intensificación del trabajo doméstico también estuvo atravesada por el consumo cultural, que a partir de su dimensión emocional-corporal puso en paréntesis las fronteras que dividen la productividad del ocio:

al estar tanto tiempo en mi casa me di cuenta que no es lo mismo usar un espacio para estudiar, un espacio para dormir y un espacio para boludear. Y a medida que iba pasando la cuarentena menos soportaba la falta de limpieza, entonces fui incorporando esa cuestión de que mientras limpio pongo música relajante y prendo un sahumero (Camila, 24 años, 2021).

El entrelazamiento de actividades propias de momentos de trabajo y de ocio fue un aspecto constante de los registros auto-etnográficos, resultando de ello un ejercicio variado de estrategias, ya sea de articulación como de diferenciación. Por ejemplo, más adelante Camila conseguiría un empleo a distancia, y destacaría: «a veces mientras trabajo me traigo una palangana con agua tibia y sales y meto los pies ahí. También uso cremas faciales, prendo el sahumero, pongo música relajante y todas esas cosas que me gustan» (**). Pero en otro sentido, y al igual que José, distinguiría tajantemente los objetos que representan lo laboral y lo ocioso: «tengo dos compus, una netbook y una de escritorio. Una la uso para trabajar y la otra para distenderme. No mezclo cosas».

Al hacer un balance de su experiencia a lo largo del confinamiento, Camila resaltó que en un comienzo la dificultad para establecer rutinas no le permitió realizar tareas de mayor crecimiento personal, según su percepción. De este modo, señaló, mientras que «el primer cuatrimestre no metí ninguna materia, el segundo metí cinco. Ahí me aprendí a organizar» (**). El pasaje entre estos dos momentos era representado por un pizarrón en el que se visibilizaban (y ordenaban) distintos deberes asociados al mantenimiento del hogar, lo laboral y lo universitario: «voy anotando, borrando, tachando y es una constante poner mis cosas ahí, mi cabeza ahí, y eso lo incorporé con la pandemia, antes no estaba».

Todas las paredes son simbólicas

Las prácticas culturales también habilitan un aislamiento mental y sonoro que permite delimitar espacios y crear nuevas fronteras. En este sentido, Gabriel (38 años), quien pasó el confinamiento en su departamento con sus padres y su hermano, experimentó una densificación de las relaciones sociales en el hogar[9] a partir del uso que los miembros convivientes hacían de los objetos. En su diario escribió: «pareciera que los espacios se han reducido notoriamente. Los cambios han sido drásticos. Los tres televisores que conviven con nosotros permanecen encendidos casi todo el día». Éstos creaban un efecto de unidad a partir del *llenado* del espacio (Augoyard, 1993), que dificultaba la realización de prácticas que requieren concentración y separación. Según Gabriel: «los espacios utilizados frecuentemente han tomado calidad de comunes, y eso impide ciertas actividades como la lectura y la escritura. Los tiempos de estudio han descendido a causa de la desorganización familiar y la propia».

Las estrategias para interrumpir la unidad sonora del hogar tendieron a la búsqueda de otras formas de utilizar el espacio y realizar prácticas culturales. Por ejemplo, la escucha de música a través de auriculares le permitió a Gabriel aislarse «de la constelación de ruidos propinados por todos los aparatos encendidos». Asimismo, determinados espacios de la casa cobraron relevancia a partir nuevas formas de habitabilidad. En un día de invierno, Gabriel destacó: «me abrigué y salí al balcón a leer, ese lugar de a poco va ganado terreno como sitio provisorio de lectura». El freno a la información televisiva permitió, entonces, nuevos momentos de entretenimiento y cultivo personal.

Hemos visto que las prácticas culturales y los objetos que las movilizaban marcaron límites y continuidades entre momentos de productividad y de ocio, siendo un medio para la creación de nuevas rutinas, e influyendo también en su ritmo e intensidad. Abordaremos ahora esta última característica más detenidamente.

La desaparición del tiempo muerto

Una aceleración de la vida cotidiana: para los sujetos de estudio estar *en clase* o *en el trabajo* ya no requiere del desplazamiento por la ciudad, sino de presionar un botón en un dispositivo. El tiempo que divide el pasaje de un ámbito a otro se redujo abruptamente a partir de la capacidad de los artefactos técnicos para paliar necesidades de producción y comunicación. La supresión del espacio físico que esto significa forma parte de un proceso de compresión espacio-temporal (Harvey, 1998) que es vehiculizado a través del desarrollo tecnológico y la globalización del capital, y que ya Marx había notado al hablar de «la aniquilación del espacio por el tiempo» (citado por Massey, 2012, p. 112). Ya que la pandemia acentuaría este fenómeno a través de la extensión de la virtualidad, nos preguntamos, ¿en qué medida este aspecto de la actividad cotidiana influyó en la formación de rutinas y en la división de momentos de productividad y de ocio?

La reducción del tiempo existente entre la finalización de una tarea productiva y el comienzo de otra (también productiva) hizo posible su continuidad de manera ininterrumpida, dando lugar a una mayor intensidad de las rutinas diarias. La dificultad (y posibilidad) para distinguir lo productivo del ocio ya no se sitúa en la proximidad espacial de objetos representativos, sino en la proximidad temporal de actividades diferentes. Por ejemplo, Martín (28 años), que cumplía funciones laborales como docente de manera remota, en su diario registra sucesiones constantes de actividades desde el comienzo hasta el final del día, y la ausencia de horarios fijos hizo posible la aparición de lo laboral o lo recreativo en cualquier momento, como muestra al conversar y dar devoluciones a sus alumnos en horas de la madrugada.

Las experiencias de los sujetos nos han mostrado que los objetos pueden ser provechosos para dividir la productividad del ocio, pero son inútiles para diferenciar las lógicas

asociadas a estos momentos. La lógica de la productividad se inserta en múltiples actividades, lo que en este contexto también estuvo asociado a la necesidad de sentir que se hizo algo durante el largo período de aislamiento, o lo que es igual, a dotar el aislamiento de sentido. Esta tendencia se presentaría principalmente entre las y los jóvenes. Según señala Camila:

me ocupé de ser productiva. Incluso las cosas que consumo para distraerme son para seguir aprendiendo. De alguna manera no trabajo pero la cabeza sigue ahí, procesando todo el tiempo. Es la única cosa que no puedo hacer, desconectar del todo, incluso cuando veo Netflix, veo y digo «ah, cuando esta autora decía esto». No puedo despegar (Camila, 24 años, 2021).

En la forma más extrema de aceleración ya no hay interrupciones entre tareas, sino multitasking. Este fenómeno supone una ausencia de la potencia del no hacer[10] (Han, 2012) y muestra el imperativo de productividad vinculado a un deseo y a una percepción de obligación de ascenso social:

tengo un podcast y puedo caminar y escuchar la clase, y mientras estoy pensando qué otra cosa puedo hacer durante la clase, lo cual es totalmente quemante, pero es una presión social que no puedo sacarme de ninguna manera. A ver qué tan multitasking puedo ser, hasta cuántas tareas aguanto en un día. Se nos exige una hiperactividad, estar produciendo y ser exitosas, por lo menos las mujeres. Yo siento esa carga de tener que estar todo el día haciendo algo para plantar y cosechar mi futuro. Son un montón de cosas, muchas, en este mismo... cuarto (Julieta, 25 años, 2021).

¿Cuáles son los costos emocionales de la aceleración de las prácticas cotidianas? La hiperactividad proporciona satisfacciones al cumplir deberes y responsabilidades, pero por el contrario, su interrupción generaba malestares que llevaban a intentar mantener el ritmo de las tareas. En algunos casos, el sostenimiento de las exigencias de productividad supondría la realización de operaciones subjetivas específicas:

si no hago algo que yo creo que es productivo también me siento mal. Pero nunca me siento mal. Porque le encuentro un sentido productivo a absolutamente todo lo que hago. Entonces, o estoy haciendo cosas que no son productivas pero las volví

productivas en mi cabeza, o todo lo que hago es productivo en sí mismo (Camila, 24 años, 2021).

En otros casos, la fijación de rutinas adaptadas a las propias exigencias fue una manera de mantener la intensidad de la actividad cotidiana. Pero en contrapartida, la dificultad para concluir tareas generaba sensaciones de improductividad e intensos sentimientos de culpa. En la experiencia de Eugenia estas dificultades aparecieron en su intento de congeniar planes de lectura con tareas domésticas, tiempos de entretenimiento y sociabilidad con otros miembros del hogar:

últimamente me siento una planta que no hace nada, o una ama de casa que está todo el día limpiando o cocinando, o un fracaso académico porque termino haciendo todo tarde y a último momento. Tengo una pila de cosas que me gustaría leer y no lo estoy haciendo. También tengo una nota en la compu con todos los textos que dejé a medio leer en PDF. No completarlos me hace sentir un fracaso. Si tuviese una rutina más armada y me levantara más temprano tendría más tiempo para leer, o por lo menos organizaría mejor mi tiempo. El problema es que siento que siempre que logro sentarme y concentrarme en hacer algo, algo o alguien me interrumpe. Hacer la cena, atender el timbre, un llamado de mi abuela (Eugenia, 22 años, 2020).

La lógica de la productividad trastoca el modo de experimentar el ocio. No obstante, esta exigencia es insostenible sin interrupciones. En los casos en que esta lógica se presentó más intensamente los objetos no siempre resultaron suficientes para generar líneas de fuga. Unos pocos sujetos mencionaron el consumo de estupefacientes como «lo único que me hace salir del analizar», mostrando pausas más breves, pero también más violentas o abruptas. En otros casos se le dio una funcionalidad similar a videos o imágenes de contenido humorístico. Creemos que la forma de crear nuevas interrupciones también fue algo que se buscó activamente, sin embargo es posible que la baja frecuencia de su mención en los diarios auto-etnográficos haya estado relacionada con el carácter vergonzante de las prácticas «improductivas».

Los problemas del espacio y del tiempo: una síntesis

La reorganización de las rutinas durante el confinamiento presentó dos problemas que se entrelazaron continuamente: la gestión del espacio y la del tiempo. Por un lado, el problema del espacio se manifestó en la dificultad para diferenciar momentos de productividad y de ocio tanto por encontrarse sus objetos representativos en un mismo lugar como por habitar el espacio doméstico de la misma manera días de semana y de fin de semana, sin distinción. Este aspecto de la vida cotidiana también influyó en la intensidad de las actividades, sin embargo una computadora, un instrumento musical o un teléfono celular en algunos casos podían funcionar como mediadores de deberes y distenciones según las estrategias de los sujetos, y a través de ellos se pudieron hacer e interrumpir actividades diarias y semanales. Si el espacio es lo que hacemos con los objetos, entonces su capacidad para establecer formas de habitarlo y definir extensiones ha sido clave en la conformación de límites y continuidades durante el aislamiento por la pandemia.

Por otro lado, el problema del tiempo, lejos de pausar las actividades a partir de la mayor permanencia en el hogar, se presentó con la aceleración de la vida cotidiana, que redujo los tiempos muertos entre diferentes actividades en un proceso mediado por las tecnologías de proximidad. Si los objetos que mediaron prácticas culturales fueron relevantes para organizar los usos del espacio, los objetos que mediaron la comunicación o las actividades productivas fueron claves en la organización del tiempo. Las rutinas establecidas a través de ellos marcaron momentos e intensidades, pero mientras los primeros se utilizaron para establecer distinciones y fronteras, en los casos estudiados los sujetos tuvieron una menor capacidad para controlar impulsos de hiperactividad, de tal modo que las nuevas rutinas generaron un estado emocional oscilante entre la satisfacción por la realización del deber y la frustración y la culpa por no cumplir con los estándares de productividad deseados. El problema del espacio, entonces, generó menos dificultades que el problema del tiempo al momento de establecer distinciones entre la productividad y el ocio.

Agradecimientos

Agradecemos a Marina Moguillansky y a Paula Simonetti por los comentarios y sugerencias que de este artículo hicieron. Este trabajo forma parte de un proyecto de

investigación colectivo que llevamos a cabo desde el Núcleo de Estudios en Comunicación y Cultura (NECyC) de la Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín (Escuela IDAES-UNSAM). Agradecemos a cada uno de sus miembros y participantes.

Notas

[1] El Gobierno Nacional decretó que las personas que realizaran actividades y servicios declarados esenciales quedaban desafectadas del aislamiento y a la prohibición de la circulación. Con el paso de los meses, estas actividades serían extendidas a través de distintos decretos. Véase *Cronista*, 18/06/2020.

[2] Todos los registros fueron procesados a través del software para análisis cualitativo Atlas.ti. Mediante este programa modificamos todos los nombres de los sujetos para preservar su anonimato.

[3] Con el binomio productividad-ocio buscamos diferenciar momentos en que los sujetos realizan actividades productivas de momentos en que buscan distenderse o entretenerse

[4] Se ha observado, también, una percepción social del tiempo propia de unas vacaciones. Véase *La Capital*, 17/03/2020.

[5] La referencia es al campus de la Universidad Nacional de San Martín.

[6] O lo que es igual: el uso define al objeto. En palabras de William James (1984, p. 47): «para lograr una perfecta claridad en nuestros pensamientos de un objeto, por consiguiente, necesitamos sólo considerar qué efectos concebibles de orden práctico puede implicar el objeto; que sensaciones podemos esperar de él y qué reacciones habremos de preparar. Nuestra concepción de tales efectos, sean inmediatos o remotos, es, pues, para nosotros, todo nuestro concepto del objeto, si es que esta concepción tiene algún significado positivo. Este es el principio de Peirce, el principio del pragmatismo».

[7] Al recuperar citas breves de las entrevistas utilizaremos el signo (*) para diferenciarlas de aquellas que se extraen de los diarios auto-etnográficos, que no llevan signo alguno. Cuando haya más de una cita breve en el párrafo, y todas correspondan a las entrevistas, se utilizará el signo (**). Las citas extensas (de párrafos), en cambio, se referenciarán a través del nombre, la edad, seguido del año, que en caso de ser 2020 referirá a los diarios y en caso de ser 2021, a las entrevistas.

[8] Esta frase fue repetida frecuentemente durante el inicio del confinamiento, al menos en nuestra población de estudio.

[9] Por «densificación de las relaciones sociales en el hogar» nos referimos a un estado de saturación que no depende estrictamente de la conformación familiar, sino de la relación entre el espacio físico y sus habitantes, lo que hace tener en cuenta también la magnitud del espacio. Por ejemplo, en nuestra muestra la convivencia con padres y hermanos/as fue registrada por Gabriel y Julieta (25 años). Pero mientras el primero encontraba difícil la fabricación de momentos de silencio y concentración, Julieta pudo contar con momentos de soledad desde su cuarto, que ocupaba el tercer piso de la casa.

[10] La ausencia de la potencia del no hacer es el rasgo principal de las «sociedades de rendimiento», tal como son caracterizadas por Byung-Chul Han (2012). A diferencia de las sociedades disciplinarias de Foucault, definidas por la prohibición y el deber hacia la norma, en éstas predomina una creciente desregulación que otorga a sus miembros libertad de poder. Sin embargo, sostiene Han, el poder no anula el deber. La presión por el rendimiento favorece el exceso de trabajo y la hiperactividad, lo que hace de las interrupciones momentos no sólo de descanso, sino también de depresión y angustia por no «poder más». Poseer sólo una potencia del hacer sin una potencia del no hacer (o la capacidad para decir «no») deviene, entonces, en una auto-explotación.

Referencias bibliográficas

Aliano, N. (2021). La reinención de lo cotidiano en tiempos de pandemia. Aislamiento, usos de la casa y estrategias de ordenamiento de las rutinas en hogares de clase media en Argentina. *Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, N°58, Vol. 20, 21-34.

Aliano, N.; Moguillansky, M. (2017). De los consumos a las prácticas culturales. Una mirada desde las articulaciones biográficas. *Astrolabio*, N°19, 96-117.

Augoyard, J.F. (29/07/1993-05/08/1993). *La sonorización antropológica del lugar: sobre la instrumentación de las relaciones sociales*. 13th Congress of anthropological and ethnological sciences, Mexico. Disponible en: <https://hal.archives-ouvertes.fr/hal-02157715/document>

- Bourdieu, P. (2006). *Auto análisis de un sociólogo*. Barcelona: Anagrama.
- Cervio, A. (2020). *En cuarentena, en casa. Prácticas y emociones durante el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio por COVID-19 en hogares urbanos de Argentina*. Informe. Buenos Aires: CONICET/UBA.
- Cuenca Cabeza, M. y Aguilar Gutiérrez, E. (2009). Introducción. *Documentos de estudio de ocio*, N°36, 13-22.
- De Certeau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano 1. Artes del hacer*. México: ITESO.
- Elias, N. y Dunning, E. (1992). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Ellis, C; Adams, T. E.; Bochner, A. P. (2015). Autoetnografía: un panorama. *Astrolabio*, N°14, 249-273.
- Fradejas-García, I. et al (2020). Etnografías de la pandemia por coronavirus: emergencia empírica y resignificación social. *Perifèria*, N°2, Vol. 25, 4-21.
- Giddens, A. (1994). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Giddens, A. (1997). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- Gomes, C. y Elizalde, R. (2009). Trabajo, tiempo libre y ocio en la contemporaneidad: Contradicciones y desafíos. *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana*, N°22, Vol. 8, 1-13.
- Han, B.-C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hennion, A. (2001). Music Lovers. Taste as performance. *Theory, Culture, Society*, N° 5, Vol. 18, 1-22. Disponible en: <https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-00193124/document>

Hennion, A. (2017). De una sociología de la mediación a una pragmática de las vinculaciones. Retrospectiva de un recorrido sociológico dentro del CSI. *Cuestiones de Sociología*, N° 16, 1-23. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.8194/pr.8194.pdf

Hijós, N.; Blanco Esmoris, M. F. (2020). La adaptación a la supervivencia: cuerpos y casas durante el aislamiento. Reflexiones sobre la vida cotidiana en los sectores medios del Área Metropolitana de Buenos Aires. *Revista científica arbitrada de la fundación MenteClara*, Vol. 5, 1-17. Disponible en: <https://fundacionmenteclara.org.ar/revista/index.php/RCA/article/view/167/313>

James, W. (1984). *Pragmatismo. Un nuevo nombre para algunos antiguos modos de pensar*. Buenos Aires: Hyspamerica.

Massey, D. (2012). *Un sentido global del lugar*. Barcelona: Icaria.

Moguillansky, M.; Ollari, M.; Rodríguez, G. (2016). *Nuevos hábitos informativos: reflexiones teórico-metodológicas a partir del auto-análisis*. IX Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata. Disponible en: jornadassociologia.fahce.unlp.edu.ar/ixjornadas/actas2016/PONMesa36Moguillansky.pdf

Salas Tonello, P.; Simonetti, P.; Papez, B. (2021). En casa. Consumos, prácticas culturales y emociones en la vida cotidiana durante la pandemia por covid-19 en Argentina. *Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, N°58, Vol. 20, 53-65.

Sánchez Tovar, L.; Jurado, L.; Simões Brasileiro, M.D. (2013). Después del trabajo, ¿Qué significado tiene el ocio, el tiempo libre y la salud? *Paradigma*, N°1, Vol. 34, 31-51.

Scribano, A. y De Sena, A. (2009). Construcción de Conocimiento en Latinoamérica: Algunas reflexiones desde la auto-etnografía como estrategia de investigación. *Cinta de Moebio*, N° 34, 1-15. Disponible en: www.facso.uchile.cl/publicaciones/moebio/34/scribano.pdf

Simmel, G. (1986). *Sociología, 1. Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid: Alianza Editorial.

UNICEF Argentina - Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia Argentina (2020). *Encuesta de percepción y actitudes de la población. El impacto de la pandemia covid-19 en las familias con niños, niñas y adolescentes*. Informe de resultados segunda ola.

Artículos de diarios

La Capital. Mar del Plata (17 de marzo, 2020). Alberto Fernández: "No estamos de vacaciones". La Capital. Mar del Plata. Disponible en: <https://www.lacapitalmdp.com/alberto-fernandez-no-estamos-de-vacaciones/>

Cronista (18 de junio de 2020). Cuáles son las diferencias entre trabajadores 'esenciales' y 'exceptuados'. Cronista. Disponible en: <https://www.cronista.com/economia-politica/Cuales-son-las-diferencias-entre-trabajadores-esenciales-y-exceptuados-20200618-0034.html>